# "DE HIJO DE UN HUMILDE PASTELERO A INDUSTRIAL METALÚRGICO"

José Giuffrida

## Los orígenes

Nací el 1° de marzo de 1931, en la ciudad de Buenos Aires. Mi padre, Pedro, era pastelero en una confitería. Mi madre, Gracia, ama de casa. Mi infancia transcurrió en el barrio de Villa Luro, en un hogar humilde pero digno. Tuve dos hermanos, uno ingeniero y otro médico a los que quise mucho y sigo queriendo, ambos fallecidos a los 57 años.

De chico, durante las vacaciones escolares, ayudaba a mi padre en la confitería. Los domingos, iba a ver al equipo de mi barrio, Vélez Sarsfield. Cuando estaba en sexto grado, tenía el carné infantil, que costaba 50 centavos… ¡por año!

Tras terminar la primaria, empecé a trabajar en una fábrica de ventiladores. Luego, cursé la secundaria en una escuela técnica del barrio de La Boca. Allí aprendí el oficio de matricero. También estaba muy involucrado en las actividades sociales, y llegué a ser el presidente del centro de estudiantes de la Escuela de Aprendices del M.O.P. (Isla Demarchi)

Cuando me recibí, seguí vinculado a la escuela, porque quedé como profesor en el taller. Mientras tanto, hacía una experiencia industrial reparando herramientas y matrices en un astillero. Hice el servicio militar en el Ministerio de Guerra, donde también aprovechaba mi formación técnica, ya que me hacían reparar persianas y cerraduras, y realizar otros trabajos metalúrgicos menores.

## Los comienzos en la industria

En la escuela técnica, tuve de compañero a Jorge Delpech. Cuando nos graduamos, empezamos a fabricar matrices para cubiertos y cerraduras en la terraza de mi casa de Villa Luro. Tiempo después, comenzamos a hacer cosas junto a un compañero de escuela Oscar Abargues, que tenía un tallercito en Banfield, donde fabricaba piezas para automóviles.

El 1° de mayo de 1960, en el Día del Trabajador, entre los tres fundamos una sociedad de hecho que, con el tiempo, se convertiría en Mytra S.A. Empezamos en el taller de Banfield de Abargues, fabricando piezas para ascensores.

Delpech operaba el torno; Abargues, la limadora y yo diseñaba las matrices. Pero con el tiempo, fue necesario que me desligara de las tareas industriales para ocuparme de los asuntos administrativos del negocio.

## Crecimiento y crisis

Las primeras épocas de Mytra fueron muy buenas. En nuestro rubro había poca competencia, así que conseguíamos clientes fácilmente. En la década del '70, llegamos a tener un plantel de unas treinta personas. Fuimos edificando en torno al taller de Banfield y construimos una fábrica.

La primera mitad de la década menemista también fue positiva. Aunque la situación se complicó seriamente desde el '95. Cuando empezaron a cerrar las terminales automotrices, muchos de sus proveedores se volcaron a nuestro rubro. La competencia se hizo más intensa y nuestros márgenes se derrumbaron.

Nuestra actividad, además, depende de los fabricantes de ascensores. Y éstos, a su vez, dependen de la construcción. Cuando no se construye, los ascensoristas no tienen trabajo, y nosotros tampoco. Eso fue lo que pasó hacia el 2001. La crisis de la construcción se transmitió a toda la cadena industrial. Fueron días muy difíciles los que vivimos en Mytra.

## Mytra, hoy

Desde 2003, la recuperación de la construcción nos permitió regresar al crecimiento. Hoy tenemos una fábrica de 600 metros en Banfield, y un equipo de veinte personas. Hacemos cabinas, grampas, bastidores y diversos trabajos de herrería para ascensores. Somos proveedores de todas las marcas. En el mercado, nos reconocen por nuestro lema: "Caro, pero el mejor". Nuestra empresa está basada en la calidad. Y eso vale.

Si logramos sobrevivir tantas décadas, es porque siempre tuvimos una relación excelente con mis socios. Siempre pusimos todos los temas sobre la mesa y supimos tomar las decisiones en conjunto.

Si bien somos una empresa pequeña, tenemos mucha reputación en la Cámara Argentina de Fabricantes de Ascensores y sus Componentes (CAFAC), de la que fui socio fundador. A través de ella, participamos en ADIMRA. En los últimos años, he reducido un poco mi participación. Es que ya estoy grande y cansado, para hacer tantos viajes al centro.

Pero, a los empresarios más jóvenes, siempre los aliento a que se afilien y participen, para defender sus intereses. Las cámaras dan resultado. Son una herramienta fundamental para proteger el mercado nacional de la competencia extranjera.

## El legado

Conocí a mi señora, Elena Cristina, en un baile de juventud. Nos casamos en el '59, y tuvimos tres hijos: José Andrés, Graciela Beatriz, y Miguel Ángel. Ellos me dieron siete nietos, que me llenan de orgullo.

Yo soy el único que queda de los socios fundadores. Primero, se fue Abargues, en el '89. Después, Delpech, en el 2004. Por eso, tengo la responsabilidad de concretar el traspaso a la próxima generación. José Andrés, mi hijo mayor, trabaja con nosotros. También está el mayor de Delpech, que entró cuando murió su padre, y fue aprendiendo. El hijo de Abargues también participa, como accionista de la compañía.

Hoy, a mis 81 años, me levanto a las cuatro y media de la madrugada. Soy el primero en llegar a la fábrica y el último en irse. No sé si, el día que yo no esté, nuestros hijos querrán seguir con la empresa. Me daría muy mucha pena que Mytra desaparezca. Sería como la muerte de un hijo. Aunque no es una decisión que me corresponda a mí. Los más jóvenes tendrán que decidir qué hacer con este proyecto en el que sus padres han depositado tanto esfuerzo.

Por mi parte, tengo la tranquilidad del deber cumplido. Y no me pesa. Soy feliz con lo que hago, y estoy orgulloso de la empresa que pude construir. Empecé en un hogar muy humilde, y a base de esfuerzo, pude desarrollar un proyecto industrial que dio trabajo a muchas personas durante varias décadas. No es poca cosa para alguien que dio sus primeros pasos en la vida como hijo de un humilde pastelero de Villa Luro.